

El lugar de Gastón Baquero

Pere Gimferrer

Un poeta transterrado no sólo lleva consigo su tradición autóctona como un continente –¡o una isla!– portátil: puede, además, convertirse en fecundador para su nuevo territorio de adopción. Así fue Gastón Baquero para muchos de quienes, en España, empezábamos a escribir poesía en los años 60; así, en su *Memorial de un testigo*, reconocimos la voz de un maestro, extrañamente afín a nuestras propias voces. Su suntuosidad no era sólo un lujo del lenguaje, sino también un lujo del espíritu; su poesía toda al cabo, era y es un lujo de la poesía en español. Lo sensorial, en ella, delata su indagación moral. De modo tan inequívoco como José M^a. Heredia o como Julián del Casal o como Lezama Lima, Gastón Baquero encarna la alteza de la estirpe poética cubana y el lago de fuego en el que la poesía hispánica de ambas orillas se reencuentra, como en un espejo incendiado en el que Narciso viera los ojos de la Górgora con su propio ser más en lo hondo.



Rolando López Dirube. *Armadura vulnerada VIII* (1972). Concreto de aluminio y nódulos de cerámica expandida.